

PUIG, J. M (coord.); DOMÉNECH, I.; GIJÓN, M.; MARTÍN, X.; RUBIO, L. y TRILLA, J. (2012) *Cultura moral y educación*. Barcelona, Graò.

Este libro analiza y describe aquello que en educación moral siempre se nombra pero que en pocas ocasiones se concreta y sistematiza. Por ello, supone un gran avance ya que da sentido e identidad a los centros educativos, envolviendo a estudiantes y educadores. Así, se detecta la atmosfera que se respira, las vivencias que se experimentan y que a su vez configuran y cristalizan los valores, la cultura moral. Los autores, a partir del interrogante ¿qué podemos entender por «vida cotidiana» o «clima del centro»? han diseccionado la cultura moral desde la teoría y la práctica. Desde este cuestionamiento orientan su investigación educativa para aproximarse al concepto de cultura moral con la finalidad de *precisarlo, describir sus distintos componentes y apuntar ideas para evaluar y mejorar la cultura moral de los centros educativos* (p. 8).

La obra se estructura en tres partes que corresponden a diferentes niveles de aproximación a la cultura moral. La primera parte ofrece un recorrido conceptual desde diferentes perspectivas sobre la cultura moral. En «¿Por qué hablar de cultura moral?» (capítulo 1), se sitúa la actualidad y relevancia del concepto dentro de las instituciones educativas, se caracteriza y define como «una cualidad global de las instituciones complejas que resulta de su sistema de prácticas educativas y del mundo de valores que crean» (p. 34). Es decir, la cultura moral es un sistema

de prácticas que concretan un mundo de valores que se cristaliza en unos principios e intencionalidades que lleva a los niños y las niñas a vivenciar unas prácticas concretas que configura una experiencia formativa.

En «La cultura moral en la pedagogía escolar contemporánea» (capítulo 2), se hace una revisión histórica al concepto a partir del análisis de cuatro pedagogías contemporáneas que ya lo utilizaron: la llamada pedagogía tradicional; y tres pedagogías que lideraron tres grandes autores, para hacer frente a la cultura moral imperante hasta el momento, como Neill, Makarenko y Freinet. «Teorías sobre la cultura moral» (capítulo 3) expone la diferenciación entre clima y cultura de las organizaciones, y presenta aportaciones teórico-prácticas de autores que ya se han aproximado al concepto de cultura moral aplicado a las instituciones educativas pero desde tres enfoques diferentes: Kohlberg; Jackson, Boostrom y Hasen; y Thomas Lickona.

La mirada novedosa de los autores de esta obra a la cultura moral es ir más allá del conjunto de los valores que comparte un grupo, y adentrarse en aquello que se hace y se vive en las instituciones. Siendo necesario identificar y analizar la complejidad del sistema de prácticas educativas que los materializan y sistematizan a partir de la intencionalidad que la genera y sostiene el mundo de valores que construyen. Y es en «La cultura moral como sistema de prácticas y mundo de valores» (capítulo 4) donde nos adentramos en una de las grandes aportaciones de esta obra. Para desprenderse de la intuición del que es la cultura moral a

la configuración de un significado activo nos proponen tomar consciencia de cuatro elementos: la *complejidad institucional* nos sumerge en un conjunto de múltiples propuestas formativas cotidianas (disposiciones, acciones puntuales y actividades) ideadas para enseñar conocimientos y convivencia que cristalizan valores; esta complejidad se concreta en un *mapa de prácticas educativas* que se llevan a cabo y que por lo tanto es necesario entender el concepto de práctica como unidad de observación de lo que pasa en la vida de las instituciones y poder analizar el universo de prácticas desde sus diferentes niveles (personal, transversal, curricular e institucional) constituyendo un conjunto entrelazado de prácticas (sistema); la configuración del *mundo de valores* desde las prácticas que nos invita a vivenciar y que nos ayuda a configurar un sentido y horizonte de valor que los conecta con el sentido de la institución impulsando la comunidad, la democracia y la comunidad; por último, la *cultura moral* en la comunidad de prácticas es más que las ideas, la cultura y el clima relacional.

En la segunda parte los autores nos adentran en un buen sistema de prácticas que genera un mundo de valores óptimo y deseable. En concreto, cuatro niveles de prácticas que llenan de sentido e identidad a la institución, prácticas que cristalizan en un mundo de valores. «Relación y encuentros cara a cara» (capítulo 5) son el nivel más íntimo de las relaciones interpersonales. Las «Normas, rutinas y ocasiones» (capítulo 6) aborda el nivel transversal donde se regulan las conductas y se acompaña la construcción de una forma de

convivencia y relación. «Las tareas y las clases» (capítulo 7) plantea el nivel curricular que designa todo aquello que se articula en el proceso de enseñanza y aprendizaje. «Las actividades complejas» (capítulo 8) revisa el nivel más macro cuya máxima consiste en favorecer la vida social y/o escolar del centro que tiene que ver con la relación interpersonal, el autoconocimiento, el diálogo y/o la cooperación. Tomar consciencia de la sistematización de estas prácticas y de su trascendencia permite a los equipos educativos mejorar y afianzar una cultura moral más consciente, democrática y participativa.

La tercera parte cierra la obra con un avance para la evaluación y optimización de la cultura moral. La «Evaluación de la cultura moral» (capítulo 9) presenta las posibilidades y algunos procedimientos para evaluar la cultura moral, a partir de la sistematización y representación gráfica de la diversidad de prácticas morales que confluyen en una institución y los valores que están cristalizados. Esta evaluación aporta información muy valiosa para el equipo de educadores no sólo desde el número de prácticas, sino desde su repetición (variedad y redundancia), su complejidad, secuencia. Medir la intencionalidad y el valor atribuido a las prácticas, así como el grado de satisfacción, supone para los centros una posibilidad de evaluación interna e innovación educativa. El último capítulo, «¿Cómo mejorar la cultura moral de los centros educativos?» (capítulo 10), describe un procedimiento para evaluar, optimizar e innovar la cultura moral de los centros desde el reconocimiento de éstos como organización activa en

su reflexión sobre la práctica pedagógica y cómo reconstruirla.

Gran ejercicio de investigación desde la inmersión en la cotidianidad de los centros educativos que da como resultado una reconstrucción conceptual y práctica del constructo *cultura moral*. Pero, sobre todo, supone un aporte novedoso para la profesionalización y práctica reflexiva en el oficio de educar (Perrenoud, 2001) desde la mirada introspectiva de las prácticas cotidianas, la densidad de su universo de valores y su optimización para la formación de las personas.

Ana María Novella Cámara